

Reflexión Interactuamos emocionalmente con los lugares, de la misma manera que la memoria, personal y colectiva, es espacial; nuevas líneas de pensamiento abordan la relación entre sentimiento y construcción social

Geografías emocionales

JOAN NOGUÉ

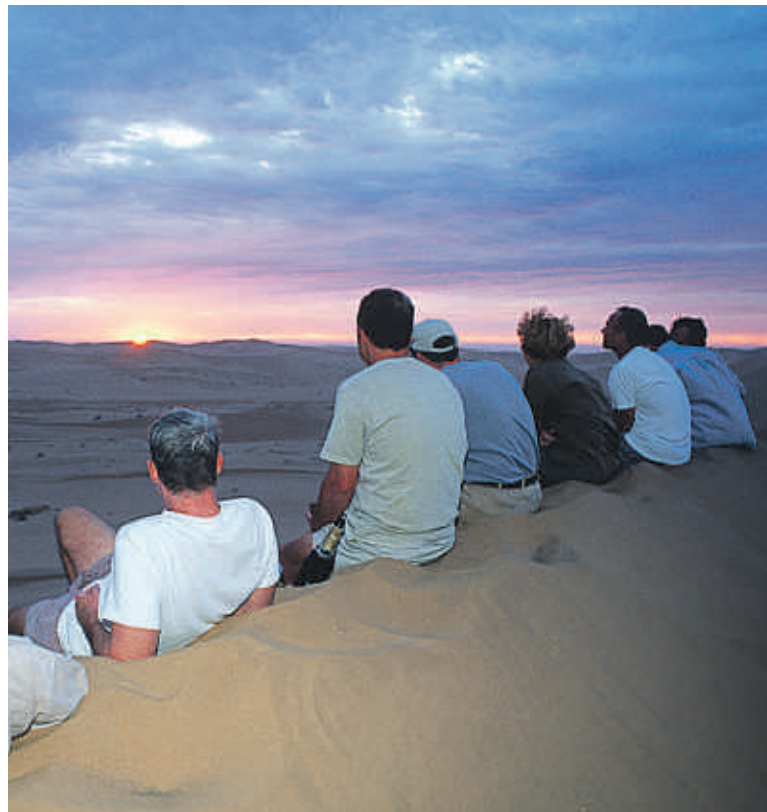
Acaba de aparecer una nueva revista académica de ámbito internacional y de carácter transdisciplinar denominada *Emotion, Space and Society*. Los artículos que en ella se publiquen deberán incidir en la espacialidad de la emoción, el sentimiento y el afecto; es decir, deberán explorar a fondo las interacciones emocionales entre la gente y los lugares. Paralelamente, la recién creada Society for the Study of Emotion, Affect and Space (SSEAS) ha hecho pública la convocatoria del Congreso Internacional e Interdisciplinar sobre Geografías Emocionales que tendrá lugar en Adelaide, (Australia) en abril del 2010 y ha anunciado ya que el siguiente congreso se celebrará en Holanda en el 2012. Las sesiones que se prevén para el congreso del año que viene tratan temas como los espacios afectivos y la globalización, arraigo frente a desarraigo, arquitecturas emocionales y paisajes de la emoción, la semiótica y la poética del afecto y de la emoción, espacio público y emoción, la política y la emoción, entre muchos otros. Por cierto, en relación con este último tema de discusión, hace pocas semanas el filósofo Daniel Innerarity escribía en un periódico de ámbito estatal un artículo titulado *El gobierno emocional* en el que cuestionaba a quienes entienden las emociones como un factor de distorsión de la racionalidad de los procesos políticos. En Italia, por otra parte, y bajo el lema *Il vero viaggio di scoperta non consiste nel cercare nuove terre, ma nell'aver nuovi occhi*, el Fondo Ambiente Italiano (FAI) ha impulsado una especie de concurso nacional dirigido a todas las escuelas italianas y denominado I Luoghi del Cuore. El éxito de la convocatoria ha superado las previsiones. Se trataba de algo tan sencillo como animar a los alumnos a enviar a una página web fotografías y textos referidos a aquellos lugares que les *hablaran* de una manera especial, que les evocaran imágenes o recuerdos, que les despertaran emociones; en definitiva –y cito literalmente– “lugares capaces de comunicarse directamente con nuestros corazones”.

¿Qué está pasando? ¿A qué se debe este interés por las emociones entendidas no sólo como un atributo individual, sino, sobre todo, como una construcción social? ¿Por qué cada vez son más, dentro y fuera del mundo académico, los que

defienden tener en cuenta de una vez por todas la vinculación de las emociones a los lugares, a los paisajes y, en general, a la gestión del espacio público, sin temor a ser calificados como poco menos que mojigatos, cuando no frívolos e insustanciales?

Es sabido que la psicología siempre se ha interesado por el mundo de las emociones, pero sus aportaciones no trascendían demasiado el propio ámbito profesional ni se concedía el peso que se merecía a la dimensión pública, social y espacial de las emociones. Así pues, ¿a qué se debe este renovado interés, que se materializa también en la continua publicación de obras de indudable valía, como *Emotional*

que cuestionaba el modelo de crecimiento, los valores sociales imperantes, la competencia y el individualismo reinantes. Lo explicaba muy bien Jordi Pigem en este mismo suplemento en un artículo dedicado a desentrañar los entresijos de la actual crisis. En palabras de Pigem, se identificó “el mundo con un libro escrito en lenguaje matemático y reduciendo la realidad a lo que es cuantificable. De modo que los colores, olores, sabores, toda apreciación de sentido o de belleza y todo lo que constituye nuestra experiencia inmediata del mundo serían sólo ilusiones. La geometrización del mundo nos ha brindado un enorme poder, sin duda. Pero hemos acabado reduciéndolo to-



Un grupo de jóvenes contemplan la puesta de sol en Namibia

ROBERT ROSS/GETTY IMAGES

Geographies (Ashgate, 2005), entre muchas otras?

Las razones de este fenómeno no hay que buscarlas en la actual crisis económica *tout court*, que se ha manifestado con toda su crudeza a lo largo de los últimos meses. El progresivo convencimiento por parte de muchas ciencias sociales de que las emociones eran más relevantes de lo que creíamos es algo anterior a la actual crisis económica. Unos pocos años antes de que se manifestara la crisis en su vertiente económica, *otra* crisis más profunda, más creativa, se iba larvando y ganando adeptos: aquella

Debemos revisar el mito moderno de exclusión mutua entre política y sentimiento

do a código de barras, cifras, estadísticas y redes de abstracciones”. El colapso de aquellas estructuras materiales e ideológicas que creíamos infalibles abre, por fin, el camino a “nuevas formas de plenitud”, en palabras del citado autor. Es justamente esta toma de conciencia

lo que explica, en mi opinión, el *retorno* de las emociones a la esfera pública. Innerarity, al que me he referido más arriba, ilustra muy bien hasta qué punto la acción política tiene que ver con el gobierno de las emociones, por más que siempre esté al acecho la tentación populista de servirse de ellas. Hay que revisar el mito moderno de exclusión mutua entre política y sentimiento y reconocer que la despolitización de lo sentimental ha empobrecido nuestra vida pública, cuando lo cierto es que los sentimientos podrían –deberían– estar al servicio de la renovación de la democracia. El espacio público, concluye Innerarity, no se revitaliza desemocionalizándolo, sino repolitizando y democratizando los sentimientos.

Materialidades tangibles

Es precisamente en este punto en el que las geografías emocionales adquieren toda su relevancia y sentido. La vida es, en esencia y a la vez, espacial y emocional. Interactuamos emocionalmente y de manera continua con los lugares, a los que imbuimos de significados que retornan a nosotros a través de las emociones que nos despiertan. La memoria individual y colectiva, así como la imaginación, más que temporales, son espaciales. Las categorías geográficas básicas que se aprenden en la escuela, o las que utilizamos en nuestra vida cotidiana, conllevan asociaciones emocionales. Experimentamos emociones específicas en distintos contextos geográficos y *vivimos* emocionalmente los paisajes porque estos no son sólo materialidades tangibles, sino también construcciones sociales y culturales impregnadas de un denso contenido intangible a menudo solamente accesible a través del universo de las emociones.

La geografía como disciplina no podrá despojarse nunca de su dimensión emocional, por más que algunas escuelas lo hayan intentado a lo largo de su dilatada historia. Las topografías de la vida cotidiana están demasiado impregnadas de emoción y sentimiento y nuestros tratados de geografía no dejan de ser, en el fondo, una especie de psicogeografías personales y sociales. En estos tratados los lugares parecen inmóviles, pero no lo son, porque viajan con nosotros a través de las emociones, con lo que, debajo de nuestra cartesiana cartografía, lo que de verdad subyace es una cartografía emotiva. La palabra *emoción* deriva del verbo latino *emovere*, compuesto por las raíces *e*, de fuera, y *movere*, de moverse, trasladarse. Etimológicamente, por tanto, el significado de *emoción* está estrechamente unido al de palabras como traslado, viaje, transferencia de un lugar a otro. Las geografías emocionales, por tanto, no hacen nada más que cerrar un círculo que había quedado abierto. |